

El pensador nacional Juan Rivano nos entrega, en estas páginas, su lectura comentada de los *Ensayos* de Michel de Montaigne. Resulta, sin dudas, una atrayente e instructiva experiencia leer a un filósofo comentando a otro filósofo, sobre todo si pertenecen a diferentes épocas, geografías y culturas. Y más aún si –en este caso– quien comenta lo hace pensando en nuestro medio.

Rivano es un ex académico de la Universidad de Chile. Exiliado en el año 1976, se radicó en Suecia llegando a ser investigador de la Universidad de Lund. Ha publicado, tanto en Chile como en el extranjero, más de una veintena de obras, la mayoría de corte filosófico, pero también novelas y piezas de teatro. En el terreno de la filosofía, no sólo la lógica y la epistemología han constituido sus áreas de preocupación, sino asimismo el análisis social y la reflexión política. Es desde esta última perspectiva que busca introducir el pensamiento del famoso ensayista francés del siglo XVI. Después de una acuciosa lectura de los *Ensayos* (en español, inglés y francés, dice en el prólogo), Rivano extrae pasajes de esta voluminosa obra, trabajando las ideas que allí aparecen, extendiéndolas a otras experiencias y buscándole aplicación en los “asuntos humanos” que hoy día enfrentamos.

Este ejercicio intelectual, además del valor que tiene por sí mismo, viene a llenar un vacío en nuestra formación. Es poco lo que se sabe, se escribe y se enseña de Montaigne en nuestro suelo (una pieza rara y excepcional en medio de este descuido generalizado del Señor de la Montaña –como este escritor lo llama– la constituye la novela-ensayo *La muerte de Montaigne*, de Jorge Edwards, editada el año pasado). Los *Ensayos* son una fuente importante de la que se desprenden muchos saberes posteriores. Filosofías ampliamente consideradas en nuestra cultura –como las de Descartes, Pascal, Kant, por nombrar algunas– tienen grandes deudas con Montaigne. Así también, traducidos los *Ensayos* al inglés en el siglo XVII, fueron leídos puntualmente y admirados por escritores de la talla de un Francis Bacon y un William Shakespeare. Pensadores de la Ilustración, como Voltaire y Montesquieu, también bebieron en la fuente de su genio. Nietzsche, más tarde, llegó a decir de Montaigne que *saber que un hombre así ha existido aumenta la alegría de vivir en este mundo*. Otros que han aplaudido la obra del Señor de la Montaña –para nombrarlo a la manera de Edwards– han sido Anatole France, André Gide, Jorge

Luis Borges ¿Cómo, entonces, no promover la lectura, el estudio, el conocimiento de una figura tan destacada?

Los textos extraídos y comentados por Rivano permiten acertadamente formarse una idea cabal de Montaigne, permiten *conocerlo*. El mismo ensayista francés señaló que su obra era su autorretrato. Escribió en la primera edición (1580): *Deseo aquí ser visto como aparezco en mi genuino, simple y ordinario modo, sin estudio ni artificio. Soy yo mismo el que pinto*. A través de estos textos nos vamos encontrando con el Montaigne pensador, filósofo, sabio, pero también con el Montaigne vividor, hedonista, gozador de los placeres terrenales. Aquí está el Montaigne preocupado de los “asuntos elevados”, como la vanidad humana, la ley, las costumbres, la ciencia, la educación, la razón, la muerte, como el Montaigne atento a las “cosas mundanas”, como las mujeres, los animales, el vino y la comida que le gustan, las enfermedades que padece, la hediondez del cuerpo, la manera y los horarios de sus visitas a la letrina. Tal como en un autorretrato, en que las facetas sublimes se engarzan con las ordinarias.

También quedan a la vista los vaivenes en el modo como Montaigne trata las experiencias: desde el epicureísmo a veces; desde el estoicismo otras; escéptico y fideísta ante muchas más. Vaivenes éstos sumamente naturales en quien se dio a la tarea de anotar día a día sus “humores” durante un periodo de veinte años, el último tercio de su vida. Pero, por sobre esta movilidad y estas variaciones, se mantiene —como en todo autorretrato— la identidad del ensayista: página tras página el mismo Montaigne.

Pero Montaigne no se muestra sólo a sí mismo en sus *Ensayos*. Si así fuera, no tendría el impacto que tiene para la posteridad. En su obra la subjetividad, la obediencia lúcida al imperativo socrático *conócete a ti mismo* desborda en una verdadera antropología, en un examen profundo de la condición humana.

El filósofo chileno Juan Rivano comenta noventa pasajes de diferentes *Ensayos* del pensador francés. En estos, Montaigne aborda una variedad de materias que Rivano aprovecha para acercarnos a esta famosa figura del siglo XVI, para hacerla sentir a nuestro lado, para que percibamos que la filosofía puede ser continua a través de los siglos, sobre todo si se expone con llaneza, con palabras al alcance de todos, y tiene al Hombre —sus vivencias, sus placeres y dolores, sus alegrías y sus miedos, sus verdades y mentiras, sus hábitos y normas, su vida y su muerte— de protagonista.

Mostrando vocación por una filosofía comprometida críticamente con las experiencias socioculturales de la gente, comenta textos enmarcados nítidamente en esta línea de reflexión. Por ejemplo:

Ensayos, III, 8. *No hay cosa que me fastidie más en la estupidez que verla satisfecha de sí más de lo que la razón misma puede pretender. Es una pena que la prudencia nos prohíba*

satisfacernos y confiarnos y que más bien nos deje siempre temerosos y descontentos, mientras que por el contrario la contumacia y la osadía llenan de gozo y seguridad a sus poseedores. Son los más ignorantes quienes miran a los demás por el hombro y salen siempre alegres y triunfantes del combate. Además, su arrogancia en el discurso, su ufano talante, les ganan casi siempre la opinión de la audiencia, comúnmente débil e incapaz de juzgar bien y discernir la verdadera superioridad. Obstinación en el juicio y calor en la argumentación son las pruebas más seguras de la estupidez. ¿Hay ser más seguro, resuelto, desdeñoso, contemplativo, serio y grave que un asno?

¡Cuántas veces sentimos a Montaigne tan cerca! Nadie como él en vecindad, gracia y vivacidad. Vienen ganas de palmotearlo y tomarse un trago con él. Cuando nos cuenta de esas damas que fingen interés en un varón para ocultar el verdadero en otro, agrega: Yo las he visto. Y nos encontramos sin más en un salón, en un banquete, en un boudoir, atisbando a Montaigne que atisba a la bella que atisba... ¿al mismo Montaigne? ¿Por qué no? El hombre es un vividor, un mujeriego confeso. ¿En qué lances de faldas no se habrá encontrado?

Pero, por autorretratista que sea, en todo el detalle no puede entrar. Nos dice que sufre viendo sufrir, que gusta del vino, de las mujeres, del juego. A veces, lo encontramos ante un patíbulo, tragando saliva. Otras, jugando a las palabras a la sobremesa. Como un frívolo cualquiera, se diría. Pero no, del juego de las palabras va a resultar algo. Por eso nos cuenta. Pero aquí es al revés: *No hay cosa que me fastidie más que la estupidez*, nos dice. Podemos imaginar los cientos de situaciones en que Montaigne se encontró con la estupidez en sus mil encarnaciones. Un asno después del otro, una cola interminable de asnos. ¿Qué hace Montaigne? ¿Se tira los pelos, se muerde la lengua, suelta un garabato?

Uno recuerda las historias de Diógenes. Son tan vivas. Uno vino a decirle al viejo can que antes de recibir su dinero lo convenciera con argumentos de que debía dárselo. Diógenes responde: *Si yo pudiera convencerte de algo, te convencería de que te ahorcaras*. A otro que no lo dejaba escupir en su casa alfombrada, lo escupió en la cara, diciendo: *No encontré un lugar más sucio*. Tan lejos no llega Montaigne. Se enoja en general. Trata a una mitad de imbéciles y la otra mitad de estúpidos. Pero, como repara él mismo, decir algo de todos es como decirlo de nadie. Estoy viendo a Montaigne dando con el pie en el suelo y gritando por alguien: *¡Ese asno!* El dicho asno se aleja, lento, seguro, contemplativo, serio y grave. ¡Si tuviéramos su retrato! ¿Sería un obispo, sería un ministro? (pp. 128-129).

El Montaigne humanista, crítico de mitos y supersticiones interesa igualmente a Rivano. También el escritor —mezcla de piadoso y pesimista— que pone en claro la vanidad, la frivolidad y la estulticia del ser humano (*No creo que seamos tan infelices como vanos, o que seamos tan maliciosos como estúpidos. No estamos tan premunidos de maldad como de vacuidad. No somos tan miserables como somos viles y ruines*). Rivano asocia estas pá-

ginas con las de *Eclesiastés*. La vanidad del hombre resulta, entonces, vasto e interesante asunto para la filosofía.

Finalmente, —aunque con lo expresado en esta nota no he agotado, ni con mucho, el material comentado—, también interesa a nuestro pensador cómo es tratado por Montaigne el tema de la muerte (*vid. Ensayos*, III, 12). Hay dos maestros que enseñan a morir: la naturaleza y la filosofía. Son los mismos dos maestros que enseñan a vivir. De los dos, yo prefiero el primero. Por su grandeza insuperable, de una parte, y por mi pereza y debilidad de espíritu, de la otra. De niño me angustiaba la muerte; y de niño, también, escuché esta idea de Montaigne que así como van terminando los años de nuestra vida va naciendo en nosotros la fortaleza y la serenidad para enfrentar la muerte. Esta idea me acompañó para siempre desde muchacho y no sé cuánto debo de mi tranquilidad y mi paciencia a su consuelo. Pero, también, quise aprender de la filosofía. Largo y siempre neblinoso camino. Pero encontré al final que tan cierto es que la filosofía nos enseña a morir como lo hace la naturaleza. Pero la filosofía procura un saber atrevido. Uno se encuentra a veces clamando: *Ven ya, muerte, ven ya. La naturaleza nos mata más en despejado y sin retórica* (p. 138).

Cuando un libro que trata de un autor famoso —además de ser una enseñanza grande por sí mismo— estimula poderosamente a la lectura de su obra, merece ser considerado una acertada *introducción*. Tal es el caso de esta *Introducción a Montaigne* que me ha ocupado en estas páginas.

ROGELIO RODRÍGUEZ M.

Licenciado en Filosofía, U. de Chile

Magister © en Educación, U. de Chile